

Carta a una hija adolescente

Por Alberto Sánchez

Solemos pensar que es difícil comunicarse con los adolescentes. Pero cuando el amor de los padres está presente se encuentra la forma para hacerlo. Así lo hizo Alberto Sánchez, esposo y padre de adolescentes, atento a valorar y transmitir las cosas importantes. Un hijo nunca olvidará esas palabras dichas o escritas con amor, porque son luz y guía en el camino de la vida, refugio, aliento y esperanza en tiempos difíciles.

Mi amada hija:

Como soy un poco torpe para hablar con quienes más amo, te escribo estas breves líneas. Es para decirte que tenés razón: tus padres no somos perfectos. Mamá y papá tienen un montón de defectos, algunos de ellos difíciles de digerir. No somos para nada esos seres que se endiosan en la infancia, cuando se es tan pequeño que sólo se ve con el corazón.

Ahora que sos grande te das cuenta de todo lo que hacemos mal, de todo lo que estropeamos, de aquello que olvidamos, de las palabras que decimos de más y los silencios que no respetamos, de las veces que priorizamos cualquier pequeñez a estar con ustedes, de nuestras miserias y nuestras carencias, de nuestras invasiones a tu privacidad.

Tenés razón... No hay duda alguna. Quiero que sobre eso sepas dos cosas. La primera es que a nadie le duele eso más que a nosotros. Realmente deseáramos ser esos seres perfectos que veías en tu infancia. Quisiéramos tener las palabras justas en cada momento, entenderte mejor, saber escucharte, actuar siempre de tal modo que te sientas al mismo tiempo libre y protegida, abrirnos a tu alma de tal forma que sólo encuentres en nosotros comprensión y dulzura, paciencia y aliento. Le pido perdón a Dios y te pido perdón a vos por no ser así, porque así es como debería ser.

La segunda cosa que quisiera transmitirte es que, más allá de las razones y de la justicia, más allá de los argumentos y de las explicaciones, mucho más allá de nuestras «verdades» personales y de nuestros reclamos, está el amor. Y el amor, amada hija, nuestro amor por vos, es lo único de lo que no podés dudar. A pesar de nuestros muchos defectos y fallas, de nuestras torpezas y faltas de testimonio, te amamos más que a nada ni nadie y daríamos nuestra propia vida por vos, si fuera necesario. Te pido con el corazón que aprendas a hundir nuestros errores en el océano infinito de nuestro amor por vos. Sé que para eso hace falta una gran misericordia y un amor tan grande como el que pretende salvarse, pero sé también que vos sos capaz de ese amor, que es incondicional y nos regresa a la infancia, cuando todo era creer y confiar.

Nuestra mano, la que te acariciaba en el vientre de mamá, la que mecía tu cuna, la que te cambiaba los pañales, la que te daba la papilla, la que te sostenía cuando aprendías a caminar, la que te ayudaba a cruzar la calle, la que te sonaba los mocos, la que te borraba los errores del cuaderno, la que te revolvió el pelo, la que medía la fiebre en tu frente, la que tomaba tu bicicleta por detrás hasta que aprendieras a tomar impulso, sigue tendida. Estará tendida mientras tengamos vida. Estará tendida cada vez que la necesites, sin importar en qué condiciones ni bajo qué circunstancias.

Y una última cosa. Amar a nuestros padres, servirlos y respetarlos, a pesar de todo, es la más dulce, noble y justa obligación que todos tenemos. Después de todo, son socios de Dios en la empresa de habernos dado la vida. Si pensás en ello, quizás te sea más fácil perdonarnos aquello que injustamente te quitamos. Yo miro hoy a mis padres y los veo, ya en el ocaso de sus vidas, casi como en la infancia. No es que no vea sus defectos, es que aprendí a que no me empañaran la vista. Aprendí a ver la inmensidad de la obra que hicieron en mí y aprendí a ver la mano de Dios en sus manos arrugadas y cansadas.

Sí... mis padres son eso: una caricia de Dios que me acompañará a lo largo de la vida. Te quiero

Papá

